

# Reflexiones sobre LA CELEBRACIÓN del Bicentenario de la INDEPENDENCIA NACIONAL

---

## Notas previas

Estamos en el año 2010 y los historiadores, los intelectuales en general los ciudadanos y habitantes de la Argentina, en su conjunto, avanzamos en una serie de reflexiones sobre los orígenes políticos y el devenir de la historia nacional, en las dimensiones subjetivas del proceso y sus dinámicas heterogéneas, en las prácticas y los discursos revolucionarios y la resignificación de los conceptos. Todo, en el marco de una verdadera renovación de los estudios sobre la Revolución de Mayo y la revisión del relato independentista que se apoya en la Nación como eje y centro analítico y de la narrativa histórica.

Y desde nuestro lugar, Santiago del Estero, hacemos lo propio con las especificidades provinciales y las relaciones deseadas, logradas o no articuladas con la Nación y con la historia nacional. Este pararse sobre un antiguo espacio del *interior profundo*, que en los albores del siglo XIX forma parte de una región periférica de toda periferia imperial, implica un cambio en el lugar del observador que me interesa rescatar, porque cuando la Argentina de 1910 celebra, en medio de profundas crisis sociales, el primer centenario de la Revolución de Mayo, lo hace en el marco del triunfo de la Nación y de la homogeneidad social y cultural en el sentido capital-interior, junto con un relato histórica de función homogeinizadora.

Hoy, con el Bicentenario en un horizonte inmediato, nos encontramos con una pluralidad de voces, una diversidad de miradas, una multiplicidad de actores y, por sobre todo, distintos pueblos reclamando el lugar velado o distorsionado en el proceso y en la escritura de la historia. Una suerte de Bicentenario en fragmentos más pequeños con expresiones académicas y en los planos de celebraciones, un alejamiento de las historias heroicas y unas miradas más afinadas sobre las perspectivas abiertas al momento del derrumbe del orden colonial, atendiendo a las particularidades territoriales y a los formatos culturales que, haciendo posible la historia de los siguientes doscientos años, particularizan el gran relato de la historia nacional. Dicho esto último con todos los cuidados académicos, ya que no puede hablarse de historia nacional al proceso que se abre en 1810, ya que este planteo responde a una serie de convenciones y naturalizaciones que inscriben en el punto de llegada del proceso el punto de partida.

Va de suyo la complejidad del proceso y el necesario involucramiento de distintas dimensiones, planos de análisis y de acción, de los cuales el político fue siempre el más debatido y claramente el principal en tanto estamos hablando de una revolución política. Más no debe ser tenido por el único ya que el social, el económico, el cultural,

y a su vez hacia el interior de cada uno la territorialidad en que se desarrollan, resultan fundamentales en la comprensión del proceso en su conjunto. En este sentido, si bien se puede realizar una periodización clásica –que como toda periodización es siempre y necesariamente arbitraria- en el cruce de historia-macro con la historia local, surgen otras cuestiones que particularizan las historias y también las dimensiones analíticas.

El núcleo central que organiza todo el proceso argentino se ubica en la Revolución del 25 de Mayo de 1810 y se extiende hasta el 9 de Julio de 1816, por lo que corresponde hablar de Bicentenario de la Revolución de la Independencia. Una revolución originada en la crisis del Imperio español que produce el resquebrajamiento del orden en el que se había fundado la colonia, en el Río de la Plata y en todas las regiones hispanoamericanas. El proceso está precedido por una serie de cuestiones, acciones y movimientos, en los que comienzan a surgir ideales y planes emancipatorios que desembocarán en la formación de la Primera Junta de Gobierno.

Pero que los grupos revolucionarios desearan la independencia no implica plantear una separación absoluta del Imperio español sino más bien unos intentos más o menos intensos de obtener mayores grados de autonomía. En el fondo contextual en el que estas historias se desarrollan, la incertidumbre ocupa un lugar importante y la cantidad de interrogantes sobre las condiciones de posibilidad, llevan al conjunto a procurarse nuevas legitimidades.

El surgimiento de situaciones tan imprevistas como imprevisibles, plantean problemas sociales y políticos inéditos suscitados en la entraña misma de la realidad, lleno de matices locales y de peligrosas incógnitas. De pronto se advierte el crecimiento en muchas mentes el designio emancipador, lo que pocos años antes parecía impensable, es pensado de pronto por muchos con un apasionado fervor. Pero ¿cómo realizar ese designio? Las respuestas varían entre el temor y la audacia, entre la prudencia y la ingenuidad. Y tienen que ver con las distintas apropiaciones que cada uno en cada lugar hace de las ideas y de los conceptos fundantes: ciudadano/vecino, nación, revolución, patria, pueblo/pueblos, entre otros. Prestar atención a éstos conceptos, muchas veces utilizados anacrónicamente, nos permitirá iniciar la reinterpretación global del proceso independentista, en el que está embarcada una parte importante de la historiografía nacional. Proceso de gran complejidad que pudiera comenzar a ser develado develando el significado de los conceptos políticos fundamentales.

Desde la Historia Conceptual el estudio de los conceptos políticos permite entender los contextos de su elaboración, no como una entidad fija conteniendo un núcleo inalterable por debajo de los cambios de sentido que se le imponen, sino entendiendo que lo que articula ciertamente un concepto es el entretejido particular de experiencias históricas en que se encuentran sedimentadas. Implica una forma de abordar la historia teniendo en cuenta qué hay detrás de cada concepto lo que, necesariamente, nos conduce a una mirada más específica en cuanto a la reconstrucción de un período histórico, y de un pensamiento político en conformación. Expresan significados simultáneamente modelados por la acción política, la disputa teórica y las pautas de la cultura política de la época. Es lo que los historiadores denominamos polisemia del lenguaje: una misma palabra, término o concepto tiene, al mismo tiempo, diversos significados. Es decir, hay todo un campo de significados que

está sostenido y atravesado por tiempos históricos específicos que hacen equilibrio entre las historias anteriores y los nuevos sentidos, valores e intenciones producidos por la creciente politización de la vida pública luego de 1810.

Cuando hablamos de la Revolución de Mayo ponemos el acento en el desafío político-intelectual que significa para sus contemporáneos explicarla, darle sentido y legitimarla, es decir, pensarla. El caudal del pensamiento político en que abrevan los hombres de la emancipación se constituye a lo largo de toda la Edad Moderna pero adquiere consistencia y sistematización en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando precipitan los procesos que transformarán el sistema económico y político del occidente europeo del que formaban parte las potencias coloniales instaladas en Latinoamérica.

Tampoco resulta sencillo establecer el grado de decisión que poseen los diversos sectores de las colonias hispanoamericanas para adoptar una política independentista. Unos creen que es necesario marchar con cautela sin precipitar las decisiones y a la etapa de las ideologías sigue la preocupación por las estrategias, marco éste último en el cual surge la decisión de usar la máscara de Fernando VII encubriendo el designio emancipador tras una política cautelosa que diera tiempo no sólo para convencer y decidir a los más apocados sino también para comprobar si efectivamente ha llegado la ocasión definitiva. Los más audaces creen que si llegó la ocasión definitiva y ponen al descubierto el designio emancipador.

Allí donde se producen los estallidos revolucionarios desde 1809 y en el período que llega hasta las crisis de 1814 y 1815 las derrotas de los patriotas en Chile, en México, en el Alto Perú y la invasión de Morillo a Venezuela, el movimiento emancipador no sólo afirma su decisión de separarse de España sino que revela con sus primeros pasos que tiene ya un contenido social y político. Todavía difuso y contradictorio, revela la presencia de diversas influencias, manifiesta contradicciones entre la realidad y los modelos políticos que parecen inspirarlo, pero sus líneas generales son perceptibles y se vuelve a ellas aunque fuera a través de muchos laberintos.

El estudio del vocabulario político de la época como el de las ideas provenientes del Racionalismo lusnaturalista que lo sustentan, cobran una importancia fundamental para comprender las variadas alternativas en cuanto a la organización política de los distintos territorios, son concebidas por los protagonistas de las independencias. Está claro que al iniciar lo que llamamos la Revolución de Mayo, nadie dice que lo que está ocurriendo es efectivamente una revolución. Incluso la Primera Junta ha jurado *conservar íntegra esta parte de América a nuestro augusto soberano el señor don Fernando VII y sus legítimos sucesores...*

El concepto Revolución tiene su larga historia, particularmente negativo a partir de la Revolución Francesa que termina decapitando a sus monarcas, o asociada a la Revolución de los Esclavos de Santo Domingo en 1795 de la cual surge la primera república negra, ambos especie de laboratorios políticos e ideológicos en el que el término comienza a identificarse con un cambio súbito y absoluto que implica una negación de la tradición y de la historia con la que se hace tabla rasa. Recién en 1808 gira en sentido positivo cuando los españoles comienzan a resistir la invasión napoleónica y las autoridades instalan el concepto *revolución* criticando a Buenos Aires

por recurrir a la trilogía del mal: difundir los principios filosóficos de la modernidad, instalar una junta acusada de facciosa y legitimar sus acciones utilizando el nombre del pueblo para ello.

En el Cabildo Abierto que da origen a la Primera Junta de gobierno patrio participan 251 vecinos, pero ninguno menciona la palabra *revolución*, tampoco *independencia* y mucho menos *República Argentina*. Lo propio hacen los integrantes del nuevo cuerpo durante los primeros meses de gobierno y optaron por una estrategia juntista a nombre y por Fernando VII, reeditando el modelo que fue implementada en La Paz, Chuquisaca, Quito, Caracas y Montevideo. También se cuidaban de diferenciar la lucha contra España del monarca Fernando VII, de quien se pronunciaban súbditos fieles y le reconocían autoridad sobre unos reinos que solían llamarse *repúblicas* (término utilizado en las Actas Capitulares al inicio de cada escritura) concepto que designaba a todo cuerpo de comunidad política basada en el bien común o cosa del pueblo, a la que aludía frecuentemente Mariano Moreno.

La situación comienza a cambiar cuando el desconocimiento de la autoridad de la Junta Provincial por parte de Córdoba, Montevideo, Paraguay y el Alto Perú da inicio a la guerra. Es entonces cuando surge en su verdadera dimensión la figura de Mariano Moreno iniciando la reflexión sobre los dos espacios distintos, el anterior a la revolución dominado por los españoles europeos y asociado a los tiempos antiguos y el de la nueva libertad que emergía luego de trescientos años de dominio y opresión, de la mano de una revolución que comenzaba a llamarse a nominarse como tal y a diferenciarse fuertemente del pasado español.

Patria es posiblemente es el concepto que tiene una mayor difusión social y de connotación positiva del siglo XIX. ¿Qué quieren decir los hombres de Mayo cuando ponen en sus bocas esta palabra? Generalmente se refieren al lugar de nacimiento, que se acentúa con la crisis de 1820 y el surgimiento de las soberanías provinciales. Ambos sentidos conviven durante toda la época emancipatoria. Luego habremos de considerar que las distintas corrientes historiográficas, interpretando el pasado nacional, hicieron uso y abuso del concepto Patria, para legitimar o deslegitimar las acciones de los hombres políticos y/o militares en distintos períodos. La idea de Patria junto con la de Nación, sobre todo en el Revisionismo Histórico, corriente que comienza en los años 30 y llega hasta fines de los 70, produce un amalgamamiento con lo previo a la construcción del Estado y mucho más previo a la construcción de la República.

Realizadas estas más que breves digresiones conceptuales, a doscientos años de la gesta que nos constituye, y por esos sacudimientos que produce a nuestros espíritus argentinos la tan promocionada gesta del Bicentenario, nos proponemos volver a pensar en el proyecto revolucionario. Y hacerlo en una doble dirección, para decirlo técnicamente, diacrónica y sincrónica, lo que nos va a permitir una comprensión de conjunto y abarcar todas sus dimensiones, advertir las tensiones que lo atravesaron y la riqueza conceptual de toda su complejidad. Con Mayo como excusa, intento un acto de provocación intelectual en un momento en que la globalización, la deterritorialización y las pérdidas de las identidades nacionales parecen ser precipicios insalvables para los argentinos.

Y puesta a mirar, a ésta altura de la breve escritura que llevo realizada, recuerdo el último discurso que di a mis estudiantes siendo docente de escuela secundaria. Y lo recupero, en partes, solo en partes a modo de pensamientos en voz alta, para permitirme recordar lo que yo misma decía en voz alta hace algunos años atrás y cómo miraba el proceso. Y compartir esos pensamientos.

Podemos acordar, sin mayores inconvenientes, que el 25 de Mayo fue tradicionalmente una instancia de convocatoria para la sociedad argentina. Claro que, convocante no significa, necesariamente, que sea un espacio para la memoria, ni para la identidad, ni para la historia, puede ser todo lo contrario. De modo que es bien importante repensar el 25 de Mayo, no desde el anecdotario que afanosamente repetimos de memoria año tras año, sino desde la memoria social y política sobre el acto fundacional de nuestro país y de nuestra nacionalidad, y las consecuencias sociales del vaciamiento de los significados, de la desmemoria. Entendemos, claro está, que *historia* y *memoria histórica* no son conceptos homologables, pero una abreva en la otra en un movimiento de ida y vuelta.

Se dice que las memorias sociales se construyen sobre los olvidos. Que en ocasiones los registros tienen tal dureza que el alma de quien recuerda dolería infinitamente, sin embargo, lo que rescata a las sociedades es su capacidad de recordar. Joel Candau dice al respecto:

sin memoria el sujeto se sustrae, vive únicamente el instante, pierde sus capacidades conceptuales y cognitivas. Su mundo se despedaza y su identidad se desvanece, sólo produce un sustituto de pensamiento, un pensamiento sin duración, sin el recuerdo de su génesis que es la condición necesaria de la conciencia y la conciencia en sí. La facultad de la memoria, esencial para el individuo en todos los momentos de su vida, juega un papel todavía mayor en la vida social.

Pero si es que hasta los libros de texto, tan hermosos y dibujados que vienen, con actividades incluidas para facilitarnos la tarea, borraron el 25 de Mayo, borraron los nombres del 25 de Mayo, borraron la historia de los hombres del 25 de Mayo y, en definitiva, borraron la historia de nuestro hito histórico fundacional y los reemplazaron solo con el vacío. En los libros de texto con los cuales nuestros estudiantes estudian, campea la desmemoria sobre el acto político fundante de la nación. Ni que decir de la historia local. ¿Qué queda entonces del 25 de mayo? Nada. Sólo el ritual. Y en éste transitar todas las instancias del rito de los albores de nuestra independencia nos quedamos sin memoria. De modo que oportunidades como esta nos permiten revisar nuestro pasado y las construcciones históricas y los relatos surgidos de las memorias históricas sobre las que está asentado.

Porque, y me habrán escuchado repetir esto casi como una letanía, el pasado no está muerto, el pasado no está pasado. El pasado vive en nosotros, nos fundamenta, nos carga de sentido y nos proyecta hacia el futuro. El pasado es la base sobre la que hacemos nuestra propia historia y, vaciar nuestra memoria social y política, que significa vaciar nuestro pasado. Sí, nos debemos el gesto de re-pensarlo que significa re-pensarnos, punto en el que interviene la re-escritura de la historia y con ella el juego abierto entre las distintas construcciones sustentadas en las memorias públicas y

las interpretaciones que el campo académico realiza de la historia, en sí mismo un espacio que merece ser estudiado en el conjunto.

Las historias nacionales y las fechas fundacionales, se construyen. Y así como se construyen se deconstruyen. Las sucesivas generaciones y las políticas públicas educacionales le asignaron diversos significados al 25 de Mayo.

La historia argentina que inicia Bartolomé Mitre en la segunda parte del siglo XIX, produce recorridos teóricos diversos. Así podemos pensar en clave de la Escuela Positivista o Cientificista de la que el propio Mitre es deudor armando un panteón de héroes sobre la diada Patria-Nación; de la Nueva Escuela Histórica, su deificación de los documentos y la construcción de la *historia oficial* académica e institucionalizada; el Revisionismo re-posicionando a los desclasados de la Positivista, la y la post-recuperación democrática atravesada por el Post-Marxismo.

Cada una de ellas plantea una mirada particular sobre el proceso de la independencia nacional, pero no se puede, de ningún modo, desconocer la marca profunda que dejan los Cientificistas, que hacen de la historia un instrumento afinado para construir la nación y con ella construir los argentinos procurando hallar la identidad que unifique. La escuela tiene un rol fundamental en la tarea de argentinizar y en el marco de la transmisión de los saberes, los manuales de aprendizaje cumplen un rol central. Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López fueron los adalides de esta forma de escribir y entender el pasado nacional que pone por delante de toda construcción estatal la existencia de una nación que preexistía y aglutinaba.

La imagen transmitida por Bartolomé Mitre y que la escuela sarmientina forjó hondamente en nuestra idea de nacionalidad, dirá que *dueños los patriotas de la fuerza armada, y contando en el apoyo de la opinión, eran los árbitros supremos de la situación*. Esta visión, incorporada a nuestros genes por la proficua labor de la escuela sarmientina, forjó una imagen en la que la Nación y la Patria preceden organización estadual, ya que gracias a las Invasiones Inglesas el pueblo de Buenos Aires tomó conciencia del ser nacional en una suerte de despertar cívico y patriótico de unos argentinos que todavía no se sabían tales, y diferenciando-se de los enemigos godos, los criollos hacen nacer al país de la mano de los próceres/héroes cívicos-militares, o mejor dicho, más militares que cívicos que van llevando la historia hacia su destino de grandeza final *jurando con gloria morir*.

Esto tiene lugar en una sociedad donde campea la lejanía de la ley, de controles laxos y un famoso lema español *acato pero no cumplo* que viene precedido por el acto de colocarse la legislación (sea ésta cual fuere) por sobre la cabeza como signo de que la ley está por sobre la voluntad de los funcionarios. Esa sociedad verá cómo en el primer intento de gobierno propio, un militar, Cornelio Saavedra, será el garante del poder. Este dato repetido hasta el hartazgo será premonitorio para la historia argentina de los doscientos años siguientes, donde cada vez que haya un problema se buscará de un alguien que con autoridad lo resuelva, sin importar demasiado el nivel de violencia que para ello imponga. Esto habla de una sociedad civil primigeniamente débil y poco determinada a ejercer sus derechos. Posiblemente sea un pecado de origen que caló hasta los huesos en la capacidad de determinación y que estamos tratando de superar con muchísimas dificultades. Mirada que, finalmente, negará la política como espacio de resolución de las diferencias, y como tal la transmitirá, y nos convencerá que todo

conflicto que se suscite políticamente se resolverá solo a través de las armas o de la violencia.

La historia revisionista, en general, no cuestiona demasiado la versión mitrista, simpatizaban con la época colonial y optaron por continuar con la idea de la independencia separatista, niegan la presencia del pueblo y enfatizan el rol del ejército y el nacimiento de la Patria de la entraña militar. Posteriormente la Historia Social tampoco niega enfáticamente la versión instaurada por Bartolomé Mitre y acuerdan con los planteos porteño-céntricos.

Largas etapas de nuestra historia con gobiernos de facto ritualizaron a límites insospechados las llamadas ceremoniosamente *fechas patrias* y al mismo tiempo, hicieron un pulcro trabajo de deslegitimación de sus contenidos políticosociales. No debemos ahondar mucho en nuestro entendimiento para llegar a la conclusión de que tal vaciamiento de nuestra memoria como nación tenía el objetivo de negar como formas socialmente válidas, la protesta contra el orden instituido, por si las dudas a alguno se le ocurría pensar en una posibilidad parecida para el presente fáctico. Estaba bien festejar, pero se negaba en los hechos la celebración del discurso.

El presente, marcando las tensiones entre la apropiación simbólica del pasado y la construcción de memorias sociales, nos revela que, en general, los 25 de mayo no lograron aún constituirse en esas intersecciones en las que interactúan los interrogantes sobre ese pasado y nuestra actualidad, tal vez, se me ocurre pensar, porque va perdiendo el ethos constitutivo de su modernidad fundante.

Seguramente les contaremos a nuestros estudiantes y pulcramente la crónica de la Semana de Mayo. Recordaremos a nuestros próceres. Y en los pizarrones de la escuela aparecerán las imágenes de Manuel Belgrano y lo recordaremos por su abnegado patriotismo, su fervor por la educación popular y su formación como abogado. Y está muy bien que todo eso conozcan los estudiantes. Pero con eso solo, no alcanza. Y también aparecerá el rostro juvenil de Mariano Moreno, abogado, de quien diremos que fue el Secretario de la Primera Junta y que murió en altamar.

¿Y qué más?

Y nos encontraremos con reproducciones del acto de Juramento en el Cabildo de Buenos Aires y la imagen del pueblo –rigurosamente blancos todos ellos- con paraguas, estrenando el espacio público para reclamar y gritando en lo que hoy es Plaza de Mayo y para ese entonces llamada de la Victoria, queriendo saber de qué se trataba lo que adentro, a puertas cerradas, estaban resolviendo. El futuro les interesaba también a ellos, a los blancos que estaban fuera. Y las representaciones deberán tener damas antiguas, hermosas niñas con mantones y vestidos paquetes, señores de frac y de shabot.

Pero cuando de hablar del resto se trata, de lo que hoy conocemos como *sectores populares*, los que hicieron la revolución fusil en mano muriendo por su patria, cambiamos de color y aparecen en escena las infaltables negritas vendedoras de

empanadas, los negritos aguateros, los negritos veleros, los negritos faroleros. En definitiva, negritos. Seres anónimos, poco refinados, pero muy pintorescos.

*Empanadas bien sabrosas, para las buenas mozas. Empanadas bien calientes para todos los valientes*, se le escuchará recita a la empanadera en directa alusión a los hombres que hacían la revolución, los *valientes*, así se les decía. O si no también éste otro pregón: *Yo soy la negra tengo empanadas que a ustedes han de agradar. A esta morena nadie la iguala en el oficio de cocinar*, mostrando de qué modo quienes se reconocían como *morenas* eran las encargadas de aquellos trabajos que jamás una mujer blanca haría. O si se trata de la pastelera se le escucharía también aludir a la revolución: *Pasteles calentitos hoy no podían faltar, pa los mozos y mocitas que han venido a festejar*, mostrando que si bien en la toma de decisiones las mujeres estaban opacadas, participaban y se lucían en las fiestas. Las mujeres blancas, por supuesto. Es decir, el 25 de Mayo no fue una revolución popular con el sentido que le damos actualmente a *lo popular*, porque el sector popular no participó en el hecho que fue *el quiebre más importante de la historia patria*, sino cuando hubo que conformar los ejércitos libertadores.

Si nos detenemos un instante a mirar ésta escena que recreamos anualmente en los colegios, advertiremos cuánto más se enseña simbólicamente sobre el significado de la Revolución de Mayo, con representaciones, que con palabras. Comencemos por los próceres. Los llamamos *prohombres*, los catalogamos como *héroes*, los colocamos en un lugar tan alto, de tal sacralidad, que a los niños no les dicen absolutamente nada. ¿Quién querría parecerse a Belgrano al que para colmo le pintan unas ridículas calzas blancas que hasta en las figuritas colegiales ponen en duda su masculinidad? Y entonces la forma tapa al fondo. ¿Y morir pobre? Peor todavía. La historia de que al morir pensaba en su patria y le pagó al médico personal con su reloj, porque era el único bien de valor que tenía, espanta a los chicos. Y a los adultos también, claro. ¿Y sobre Mariano Moreno? ¿Qué les decimos sobre la mente más brillante pero el rostro más brutal que tuvo la revolución? Y poco. Bueno, en realidad diremos que hizo muchos escritos, que fundó un diario y que murió en un viaje a Europa y sus restos fueron tirados al mar. ¿Y cuánto más? En ambos casos, mucha forma, poca sustancia.

Sin embargo, y aquí me quiero detener particularmente, la figura de Mariano Moreno está indisolublemente ligada a la de la Revolución de Mayo, al punto de encarnar la imagen de ruptura exaltada que evoca desde 1789 la idea misma de revolución. Por eso, analizar detalladamente sus escritos, seguir su trayectoria, resultan operaciones indispensables para comprender mejor como ese acontecimiento deviene en un acto fundacional de la Argentina Moderna.

Mariano Moreno, inscripto en el marco de la corriente liberal moderna, es el encargado de legitimar la revolución. De toda su producción *La representación de los labradores y hacendados*, presentado en 1809 siete meses antes de la revolución y donde oficia de abogado de los sectores sociales emergentes, es el más representativo. No encontraremos allí ningún esbozo independentista pero si un conjunto de argumentaciones que combina la adhesión al monarca con protestas hacia los poderes locales, abonando la tesis de las revoluciones hispanoamericanas como emergentes del colapso imperial. Da cuenta del vacío de poder generado por la

situación de España y plantea medidas destinadas a paliar los daños que dicha situación genera para el comercio rioplatense con una cerrada defensa librecambista. No olvidemos que sus representados son hacendados y una fracción de comerciantes no ligados al tráfico monopólico español.

La Representación ofrece algunas pistas sobre el orden político que imagina Moreno y los valores y motivos en que se funda dicho orden. En la Representación predomina una ética de la virtud contraponiendo la *riqueza* a la *virtud* y otra vinculada con el interés. Desde el concepto de *virtud* se comprende la idea republicana de Moreno. La virtud es un concepto que viene desde la antigua Grecia y podría definirse como la cualidad que conduce a ceder una parte de la energía y del interés personales para ponerlos al servicio del bien público, de la cosa pública, de la *res-pública*. A su vez, este privilegiar la vida cívica se fusiona con la defensa de la libertad frente a la tiranía o al despotismo. Habla del común o comunidad, de los miembros que deben mancomunarse para mantener el estado y eso es una obligación casi sagrada. En Moreno predomina una idea comunalista por sobre la idea individualista.

La elección de una Junta de gobierno el 25 de mayo de 1810 inaugura en el Río de la Plata el interrogante sobre la legitimación del nuevo régimen, problema crucial de la teoría y la práctica política, ya que la legitimidad remite al atributo del poder político que garantiza la obediencia de los gobernados. Cuestión exacerbada en nuestro caso porque la autoridad que ha quedado vacante en el Río de la Plata pertenecía a un orden de legitimidad de Antiguo Régimen (una monarquía fundada en el derecho divino) y la que alborea aparece abierta a las revoluciones y a los criterios políticos moderno que circulan en Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

La teoría moderna articula dos concepciones: el iusnaturalismo y el contractualismo. En relación a ésta última la sociedad es concebida como autorreferencial, se refiere a sí misma, se funda a sí misma, se autoinstituye. Así, el acto fundacional es un acuerdo público que progresivamente instalará en el centro de la sociedad el principio de la *soberanía popular*. De manera que cuando en España comienzan a aparecer las juntas que se arrojan la capacidad de cubrir el vacío político ante el cautiverio del rey, se recurre a la tradición populista de origen medieval teorizada en el siglo XVI por el jesuita Francisco Suárez según la cual el poder divino no se implanta directamente sobre el monarca sino sobre el pueblo el cual a su vez lo transfiere al rey. Esto posibilita que ante la violación del pacto por parte del monarca o ante su desaparición sin legítimo sucesor, el pueblo recupere los poderes enajenados en el monarca. Es lo que conocerá como teoría de la *retroversión de poderes*, a la que Moreno recurre para legitimar la nueva situación.

Y del resto de los integrantes diremos que fueron comerciantes, abogados o clérigos, *gente instruida* que estaba tomando una decisión importante. Y para recordarlos copiaremos la nómina en los cuadernos y diremos alguna poesía. Con ello cerraremos el 25 de Mayo y volveremos a las lecciones de geografía o esa matemáticas que nunca se termina de aprender o la gramática, el sujeto el predicado y el programa por cumplir. Y que no son nada comprometidos.

(Continuará)

---